



TRÁNSITO DE SANTA BÁRBARA

XUAN BELLO

Una y otra vez

Fue en Pendueles, en la casona de Verines. Se abolieron las jerarquías y hubo voluntad de entenderse ante el mar

El mar, siempre recomenzando. Hoy he amanecido frente al mar de La Franca y me ha sorprendido, una vez más, esa dulce aspereza de nuestro paisaje más íntimo. A pocos kilómetros de Unquera, la de las corbatas, Asturias comienza o acaba, según se vaya o se venga. En la casona de Verines, antigua propiedad del Colegio de los Irlandeses de la Universidad de Salamanca, se desarrollaron este año los ya veteranos, veinticinco años hace del primero, Encuentros de Verines. El tema de este año —he tenido la suerte de asistir varias veces— era para mí muy sugerente, el mundo rural y la naturaleza, y disfruté de la conversación de muchos que, cada uno con su acento y desde su perspectiva, están preocupados de la desaparición de un mundo. Quiero decir, si hablamos en términos generales, por la desaparición del mundo tal y como lo conocemos. Nuestra especie —seremos según recordó Jorge Riechmann nada menos que 8.000 millones de personas quienes habitan el planeta cuando llegue noviembre— se está devorando a sí misma poniendo en peligro la existencia de la vida en la Tierra.

El tema es muy complejo y aunque sería tentador el candor apocalíptico, que puede arrastrar a cierta resignación conservadora, creo personalmente que la literatura debe abrir caminos hacia la esperanza y la acción creando un nuevo discurso. Nuestra especie ha atravesado desiertos difíciles hasta llegar a nuestros días y, sin duda, está preparada cultural y genéticamente para sobreponerse una vez más. ¿Qué es una raya más para un tigre?

Gabi Martínez nos expuso apasionado su concepto

de «iternatura» (la pasión se contagia y las palabras vuelan de boca en boca). Maixa Zugasti templó su soledad escogida y su amor por las palabras dichas en solución de armonía. David Aja refirió su perplejidad sobre cómo una distopía describe tan bien la realidad; Noemí Sabugal, inteligente, resumió el mundo de la mina ilustrando la peregrinación del mundo; Leire Bilbao hizo acopio de los árboles en la poesía ibérica por si necesitábamos leña sentimental para el invierno; Anxo Moure en bicicleta nos mostró su corazón de carballo pacifista; Alicia Andrés Ramos con palabras bien dichas se hizo eco de la voz de ese pardo dios del río, que además era el pardo dios del río Sella junto al pozo de La Escrita; María Josep Escrivà habló de flores, de espacios conquistados y de espacios perdidos, y me hizo recordar a aquel poeta árabe, Al-Muttanabi, que soñaba en Siria con los palmerales de Elche; Santiago Beruete, filósofo de los jardines, resolvió que la revolución que necesita nuestra especie será espiritual o no será; Marta Tafalla estableció los peldaños de una escalera, ardua de subir pues es la de la cultura, de una nueva moral ante la naturaleza; Elvira Valgañón nos trajo un suspiro de serenidad y verdad, un suspiro que era el viento de la Historia; Javier Morales, con mirada cómplice de pastor no estu-

vo de acuerdo acaso nunca conmigo y, sin embargo, en la mirada libertaria, nos vimos confortados en el acuerdo; mi compadre Alejandro López Andrada, un gran novelista cordobés y un excelente poeta que me descubrió los Pedroches, tan sabio como es se sintió un niño aprendiendo y así me lo dijo al volver entusiasmado; Joaquín Araújo describió la generosidad de su propiedad en Extremadura y, elocuente, pinchó donde dolía menos en la enormidad del dolor de ver el paraíso en llamas; Jordi Ballart Macabich, escritor y nadador, que por cierto busca ahora cómplices en Xixón para nadar mar adentro, si por el fuera hasta llegar a Irlanda, y que describe con prosa precisa sus sensaciones, hizo en su exposición breve una apología de aquello que todo escritor debe hacer, descubrir el Mediterráneo. Natalia Zaratiegui, con su mirada poblada de los bosques navarros, susurró la posibilidad, y la necesidad, de transitar por un momento que comprende el mundo.

Hablamos, hablamos, hablamos. Eché de menos a Olga Novo, la gran poeta gallega, que nos hubiese de seguro iluminado con su 'Feliz Idade', a la que esperábamos como agua de mayo y que no pudo acudir a la cita. Le habría gustado ver, tras los ventanales inmensos del hotel de La Franca, ese silencio del mar en centinela.

Fue en Pendueles, en la casona de Verines, en Pendueles del concejo de Llanes. Luis Miguel García Jambriña, unamuniano y valleinclanescos, gran cuentista y novelista, buen profesor y excelente académico, dirigió el encuentro con pasión no fingida. Hubo autoridades implicadas, claro está, y el Ministerio de Cultura fue determinante. La Dirección General del Libro propició un encuentro único. Isabel de Monachil, Pilar Torre y María José Galvez, directora general del Libro, hicieron lo posible para que lo que parecía imposible fuese necesario.

Una abolición de las jerarquías, un sentimiento de la tierra, una voluntad de entenderse ante el mar que siempre recomienza una y otra vez.

